

Barómetros con historia (2ª parte)

José Miguel Viñas Rubio. Físico y comunicador científico.

NUESTRA búsqueda de barómetros urbanos por el territorio español, que iniciamos en Galicia y continuó por varias localidades de la Cornisa Cantábrica, nos lleva ahora a las dos mayores ciudades del país –Madrid y Barcelona–, siendo también obligada una parada en la localidad catalana de Badalona, para finalizar nuestro recorrido en Palma de Mallorca.

La ruta madrileña de los barómetros

Entre la infinidad de rincones que ofrece al visitante una ciudad como Madrid, encontramos algunos barómetros, si bien hoy en día cumplen una función puramente ornamental. Su presencia, más testimonial que otra cosa, lo que sí que nos indica es el interés que despertaban antaño las lecturas barométricas entre los ciudadanos madrileños; algo que en la actualidad queda restringido al personal de los observatorios y a los aficionados a la Meteorología.



Detalle de la torre derecha de la Casa de la Panadería, en la Plaza Mayor de Madrid, con el barómetro aneroide referido en el texto.

El primer barómetro en el que nos detendremos, es uno de tipo aneroide que hay en lo alto de una de las dos torres que coronan la Casa de la Panadería, en la Plaza Mayor de Madrid. Colocándonos frente a la fachada principal del edificio, el barómetro queda en la torre de la derecha, mientras que en la de la izquierda hay un reloj. El bonito edificio, de cuatro alturas, con soportales en su parte baja y situado en el centro del lado Norte de la Plaza Mayor, fue diseñado por el arquitecto Juan Gómez de Mora, e inaugurado en 1619 –igual que el resto de la plaza–, si bien la instalación del instrumento meteorológico no tuvo lugar hasta la segunda mitad del siglo XIX.

Desde hace ya muchos años, la aguja del barómetro de la Casa de la Panadería marca siempre lo mismo: “Buen tiempo” y 723 milímetros de mercurio. Dicha circunstancia no es debida a que la presión atmosférica local permanezca invariable, sino a que el instrumento lleva todo ese tiempo estropeado, seguramente a causa del deterioro de alguna de sus piezas. Ya se sabe que las cosas de palacio van despacio, si bien en este caso, el Ayuntamiento de Madrid –propietario del inmueble– se olvidó de su reparación. Desde estas líneas, animamos a quien corresponda a que tome cartas en el asunto para que vuelva a estar operativo el barómetro de la Plaza Mayor de Madrid.

No muy lejos de allí, en la fachada del número 10 de la calle del Príncipe, encontramos otro barómetro que fue instalado por los propietarios de la antigua Óptica Villasante, fundada en 1869. Los paseantes y la gente que entraba al establecimiento tenían la oportunidad de saber el tiempo que se esperaba para las próximas horas, sin más que mirando lo que marcaba la aguja.

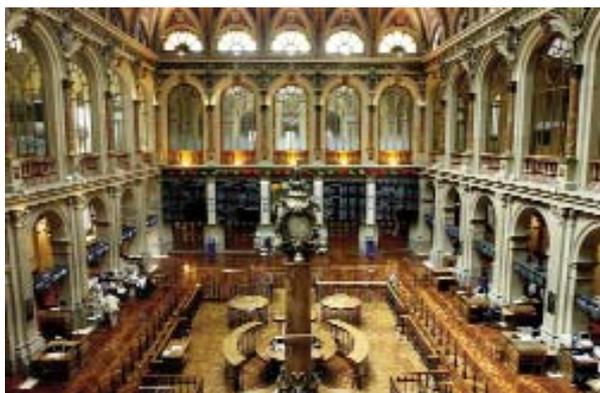


Barómetro de la calle del Príncipe (Madrid)

En la parte inferior de la circunferencia que conforma el instrumento puede leerse “BARÓMETRO OLOS-TÉRICO”. Dicho barómetro (holostérico, en su forma escrita más común) está basado en el mismo principio que el barómetro aneroide, patentado por el científico francés Lucien Vidie en 1844. Las compresiones y dilataciones que los cambios de presión atmosférica producen en un pequeño recipiente metálico de finas paredes onduladas y aire muy enrarecido en su interior, son transmitidas a la aguja del instrumento por un mecanismo de relojería.

La tercera parada en nuestra singular ruta de los barómetros matritenses, la vamos a efectuar en el edificio de la Bolsa, en cuyo patio de operaciones localizamos otro de estos instrumentos. Dominando el famoso parquet madrileño, se erige una pilastra de mármol rojo vetado, en cuyo fuste se localiza el calendario de hojas de papel que muestra el día de la sesión, y cuya parte superior está coronada por un artilugio que regaló la Bolsa de Ámsterdam a la de Madrid, con motivo de la inauguración del edificio de esta última, lo que tuvo lugar el 7 de mayo de 1893. En tres de las cuatro caras que rematan la parte superior de la pilastra, se ubican las esferas de otros tantos relojes, mientras que en la cuarta cara tenemos también una esfera, pero de

un barómetro. Justo debajo de este “barómetro bursátil”, se encuentra la campana de bronce dorado con la que antiguamente se marcaba el inicio y el fin de la actividad de los corros. El barómetro de la Bolsa de Madrid fue siempre un elemento decorativo, destinado a simbolizar los continuos vaivenes de los mercados financieros; no en vano, puede establecerse un paralelismo entre el comportamiento de la presión atmosférica y el de los índices bursátiles, con sus continuas subidas y bajadas, algunas de ellas ciertamente bruscas. La aguja del falso barómetro siempre permaneció fija, marcando “buen tiempo”. Curiosamente, a raíz de la última restauración acometida en el edificio, pasó a marcar “mal tiempo”; toda una premonición de la reciente crisis en la que nos hallamos inmersos.



Parquet de la Bolsa de Madrid, con la columna del barómetro en primer término.

Antes de abandonar Madrid y dirigirnos a Barcelona, permítanme un breve apunte sobre una columna meteorológica que llegó a formar parte del proyecto inicial —de 1901— de la Gran Vía madrileña, pero que finalmente no llegó a ver la luz. La columna en cuestión se proyectó para ser instalada en la Red de San Luis, formando parte de un conjunto que hubiera integrado también una fuente y unas farolas. José del Corral, en su libro “La Gran Vía. Historia



Fotografía de la Red de San Luis tomada a finales de la década de 1920, en cuyo lugar se llegó a proyectar una columna meteorológica, que finalmente no llegó a construirse.

de una calle” (Sílex ediciones, 2002), comentaba los siguientes detalles sobre la columna: “De gusto muy del siglo XIX, se adorna profusamente con detalles rococó en cada una de sus caras y sostiene la esfera de un reloj gigantesco y de un gran termómetro. El remate de esta construcción, que quizás hubiera sido más justo llamar “Columna Termométrica”, es una especie de corona real estilizada y toda llena de resaltes, salientes, cambios de líneas y adornitos de todo gusto.”

Barcelona: la columna meteorológica del Parque de la Ciudadela

El centenario Parque de la Ciudadela de la ciudad condal, acoge en uno de sus bonitos jardines los vestigios de una columna meteorológica cargada de historia. Entrando al parque por la puerta de la Avenida Marqués de Argentera y torciendo a la izquierda, en dirección hacia el invernadero, nos encontramos pronto con un espacio abierto circular, conocido como el rincón científico, en cuyo punto central hay una pequeña fuente. A escasos metros, se hallan también dos pequeños monumentos rodeados de sendas barandillas circulares. Uno de ellos, en bastante mal estado, es una tabla de distancias, que permite conocer los kilómetros que separan Barcelona de las principales ciudades españolas, y el otro son los restos de la citada columna meteorológica.

En 1884, Josep Fontserè i Mestre, arquitecto responsable de la urbanización del Parque de la Ciudadela, encargó al marino Josep Ricart i Giralt el proyecto de la columna. Tras ponerse rápidamente manos a la obra, pocos meses después del encargo la columna meteorológica quedó instalada en el parque. A finales del siglo XIX, la Meteorología comenzaba alcanzar su mayoría de edad como disciplina científica, lo que despertaba un interés creciente entre la gente instruida de la época. El principal cometido de la columna de Ricart era pedagógico, ya que, gracias a los instrumentos y a las tablas de datos que contenía, el público pudo recibir unas nociones básicas sobre la ciencia del tiempo. Todo el conjunto tenía una altura de 3,72 metros. Conocemos cuáles eran sus principales características, gracias a un folleto que se publicó en 1885, si bien en la actualidad podemos comprobar sobre el terreno que se trata de una columna de base cuadrangular, y que cada una de sus caras laterales está orientada según los distintos puntos cardinales. Originalmente, la columna contaba con un termómetro, un barómetro (en la cara orientada al este), un higrómetro de Saussure y también una serie de datos astronómicos grabados en una placa y una tabla con las diferencias horarias entre algunas de las ciudades más importantes del mundo. La columna estaba coronada por un reloj solar esférico —del que queda la bola que lo sustentaba—, encima del cual se hallaba una sencilla veleta, con el escudo de la ciudad de Barcelona formando parte de la flecha indicadora de la dirección del viento.

La torre de Ca l'Arnús

Apenas a 10 kilómetros del centro de Barcelona, en el municipio vecino de Badalona, encontramos una de las torres meteorológicas más antiguas y bellas de Europa, que, sin duda, merece la pena visitar. Tras una completa y laboriosa restauración llevada a cabo hace escasamente un par de años, esta joya del patrimonio científico-cultural europeo brilla con luz propia.

Conocida popularmente como la torre del reloj, sus orígenes se remontan a 1883, si bien su emplazamiento original fue distinto al actual del Parque Ca l'Arnús de Badalona. Inicialmente, la torre fue mandada construir en el jardín del Teatro Lírico de Barcelona por el financiero y banquero catalán Evaristo Arnús y de Ferrer, propietario del teatro. La construcción, muy innovadora en su época, llamó mucho la atención, tanto por los instrumentos meteorológicos, como por la variedad de melodías que era capaz de emitir el reloj con carillón integrado en el conjunto. Tras el cierre del teatro, en 1900, y la posterior demolición del mismo, los herederos de Evaristo Arnús decidieron desmontar por completo la torre y trasladarla a una finca que tenía la familia en Badalona, donde volvió a levantarse y quedó definitivamente instalada.

Con el paso de los años, la torre terminó abandonada a su suerte, quedando inutilizados sus instrumentos y muy deteriorada en su conjunto, tanto las fachadas como las dependencias interiores. Afortunadamente, en 2008 el Ayuntamiento de Badalona, en colaboración con la Mancomunidad de Municipios del Área Metropolitana de Barcelona, decidió poner en valor la torre, iniciando unas obras de restauración que se prolongaron hasta finales de 2009. Aparte del lavado de cara del edificio, se volvieron a poner en funcionamiento todos los instrumentos con los que contaba la torre, para lo cual se restauraron todas las piezas originales que pudieron recuperarse. El instrumento meteorológico más curioso de todos es un pluviómetro eléctrico que marca, por un lado, la lluvia acumulada en lo que va de año, y por otro, las cantidades registradas cada uno de los siete días de la semana. La torre de Ca l'Arnús cuenta además con un barómetro anerode, un termómetro de mercurio, una veleta, así como el reloj con carillón y un calendario que marca también las fases de la luna.



La torre meteorológica del Parque Ca l'Arnús, en Badalona, fotografiada el 16 de noviembre de 2009, día en que volvió a abrir sus puertas al público, tras finalizar las labores de restauración. Cortesía de Enrique Sánchez.

El barómetro callejero de Palma de Mallorca

Para finalizar nuestro viaje, saltemos de la Península a Baleares y dirijamos nuestros pasos hasta Palma de Mallorca, concretamente a su Plaza de España, donde localizamos una columna barométrica rematada en su parte superior por un vistoso tejadillo, sobre el que se asienta una bola del mundo, que sirve de base a una veleta.

No son muchos los datos que he sido capaz de recopilar acerca de esta columna, y la mayoría de ellos se los debo a José Antonio Guijarro, de la Delegación Territorial de AEMET en las Islas Baleares. Él, a su vez, preguntó sobre el particular al recientemente fallecido meteorólogo Jaime Miró-Granada (DEP) y al geógrafo de la UIB (Universitat de les Illes Balears), Miquel Grimalt.

Se da la casualidad de que Jaime Miró-Granada nació y vivió de pequeño justo enfrente de esa plaza, jugando no pocas veces alrededor del histórico monumento. La plaza, por aquel entonces, se llamaba Plaza de Eusebio Estada, en honor al ingeniero, natural de Palma y principal impulsor del ferrocarril en la isla de Mallorca, que posiblemente promovió la instalación de la columna barométrica. No sería hasta después de la Guerra Civil, cuando la plaza cambió de nombre y pasó a llamarse Plaza de España.

La columna barométrica fue diseñada hacia 1910 por el arquitecto Gaspar Bennazar para embellecer la Plaza de Eusebio Estada, formando parte de un pequeño conjunto de obras de regusto modernista en torno a esa plaza. En la actualidad, el monumento se mantiene en muy buenas condiciones, aunque, como puede llegar a apreciarse en la fotografía que acompaña estas líneas, y que tomó José Antonio Guijarro el pasado 30 de enero, no faltan los restos de las pegatinas que algunos incívicos viandantes se dedican a pegar sobre la esfera del barómetro.



Columna barométrica de la Plaza de España de Palma de Mallorca. Cortesía de José Antonio Guijarro

Agradecimientos

A Enrique Sánchez, aficionado a la Meteorología, por haberme facilitado la fotografía de la torre de Ca l'Arnús y a Miquel Grimalt, José Antonio Guijarro (AEMET) y Jaime Miró-Granada (póstumamente) por la información recibida sobre la columna barométrica de la Plaza de España de Palma de Mallorca.